

# Don Quijote en el Paraguay \*

**E**l premio Cervantes es el más alto honor que se ha concedido a mi obra. Tres razones principales le dan un realce extraordinario ante mi espíritu. La primera es el hecho mismo de recibirlo de manos de Su Majestad Don Juan Carlos I, Rey de España, a quien nuestros pueblos admiran y respetan por sus virtudes de gobernante, por su infatigable tarea en favor de la amistad y unidad de nuestros pueblos de habla hispánica.

Junto al Rey Juan Carlos, en preeminente sitial, Su Majestad la Reina Doña Sofía, que ama las artes, las letras y las ciencias, que religa su devoción hacia las obras del espíritu con su preocupación por el bien social, la *Serenissima Reyna* —para invocarla con palabras de Cervantes— enaltece este acto con el honor de su presencia.

Me inclino, pues, antes Sus Majestades, con el homenaje de mi reconocimiento y gratitud. En este homenaje va implícito el de mi pueblo paraguayo, lejano y presente a la vez en este acto con su latido multitudinario; aquí, en esta ciudad, en esta universidad, ilustres, de Alcalá de Henares, patria chica de Cervantes, solio de su imperecedera presencia y foco de su irradiación universal.

La segunda afortunada circunstancia que realza para mí el otorgamiento del máximo galardón es su coincidencia, también augural, con un cambio histórico, político y social de suma trascendencia para el futuro del Paraguay: el derrocamiento, en febrero del pasado año, de la más larga y oprobiosa dictadura que registra la cronología de los regímenes de fuerza en suelo sudamericano.

Este acontecimiento es singularmente significativo para la vida paraguaya en lo político, social y cultural, y marca la apertura de un camino hacia la instauración de la democracia de la libertad bajo la construcción de un genuino estado de derecho, como garantía de su legitimidad.

Señala este hecho, en consecuencia, el comienzo de la restauración moral y material de mi país en un sistema de pacífica convivencia; la entrada del Paraguay en el concierto de naciones democráticas del continente. Significa, asimismo, el fin del exilio para el millón de ciudadanos de la diáspora paraguaya, que ahora pueden volver a la tierra natal, derrumbado el muro del poder totalitario que hizo del Paraguay un país sitiado.

\* Texto ampliado del discurso de recepción del Premio Cervantes 1989.

La concesión del premio Cervantes, en la iniciación de esta nueva época para mi patria oprimida durante tanto tiempo, es para mí un hecho tan significativo que no puedo atribuirlo a la superstición de una mera casualidad. Pienso que es más vale el resultado —en todo caso es el símbolo— de una conjunción de esas fuerzas imponderables, en cierto modo videntes, que operan en el contexto de una familia de naciones con la función de sobrepasar los hechos anormales y restablecer su equilibrio, en la solidaridad y en el mutuo respeto de sus similitudes y diferencias.

Mucha falta les hace este equilibrio a las colectividades de nuestra América, frágiles y desestructuradas por su dependencia y sometimiento a los centros mundiales de decisión, causa central de sus problemas internos, de su inmovilismo, de su atraso, de su desaliento.

La España democrática trabaja lealmente, fraternalmente, contribuyendo de una manera considerable a la restitución de este equilibrio en la coexistencia y coparticipación de nuestros países de ambos lados del Atlántico en un mecanismo, desde luego perfectible, de integración sistemática y progresiva en todos los planos. El sistema de cooperación con América que España ha iniciado hace ya muchos años es un ejemplo activo de ello.

El premio Cervantes que España comparte con América, es otro ejemplo de lo mismo. Y todo esto se verifica con notorio y creciente éxito en el plano económico, social y cultural bajo esas leyes de interrelación y comunicación que surgen del patrimonio histórico común y nos comprometen a la realización de las grandes empresas comunitarias que nos aguardan en el umbral del nuevo siglo ante las vertiginosas transformaciones del mundo contemporáneo.

Entre lo utópico y lo posible, éste es un reto de la historia; o lo que es lo mismo, un desafío del porvenir. Y es necesario recoger y cumplir este desafío con serenidad, con perseverancia inflexible, pero también con la plasticidad de una inteligente adecuación a las cambiantes circunstancias de la historia, en el orden de las prioridades necesarias: en primer lugar, la coherente integración de las naciones latinoamericanas —que es hoy el debate central de nuestra causa— como el único camino para salir de su situación de atraso y dependencia.

Luego, en un proceso de construcción de largo alcance, la integración iberoamericana y peninsular en una comunidad orgánica de naciones libres, llamada a ser el factor preponderante de equilibrio y de paz para nuestros países, roto el antagonismo hegemónico y derribados los muros del totalitarismo en el Este de la Europa occidental.

El tercer motivo enlaza para mí la satisfacción espiritual con un cierto escrúpulo moral —acaso un prejuicio—. Este escrúpulo se funda en la desproporción que siento que existe entre el valor intrínseco del premio y la consciencia de mis limitaciones como autor de obras literarias. Me alienta, no obstante, el estar persuadido de que se ha querido premiar a la cultura de un país en una obra que la representa, y en

ella acaso a la particularidad —que me lisonjea— de haber sido troquelada en el molde de la obra maestra cervantina.

Desde esta persuasión veo el premio Cervantes como un doble galardón a mi obra y a la cultura de mi patria. Y como tal lo celebro en tanto paraguayo de origen y en cuanto español por adopción, ciudadano de nuestras patrias, hijo y defensor de su unidad en la vida cotidiana y en el tiempo de la historia.

La proclamación del premio otorgado por unanimidad dio las razones de su elección. Ante tal situación, los señores del Jurado comprenderán sin esfuerzo la sinceridad de mi reconocimiento y gratitud por su decisión, que quiero hacer públicos en esta señalada ocasión.

No por ello me siento con derecho alguno a la confusión de la vanidad, salvo al íntimo orgullo de sentir que el premio Cervantes —el más señero galardón en el mundo de nuestras letras castellanas— viene a coronar una larga batalla de extramuros en la que llevo empeñada mi vida y a la que he dedicado mi exilio de más de cuarenta años llegado, por ahora, felizmente, a su término. En este largo exilio hice toda mi obra.

La concesión del premio me confirmó la certeza de que también la literatura es capaz de ganar batallas contra la adversidad sin más armas que la letra y el espíritu, sin más poder que la imaginación y el lenguaje. No es entonces la literatura —me dije con un definitivo deslumbramiento— un mero y solitario pasatiempo para los que escriben y para los que leen, separados y a la vez unidos por un libro, sino también un modo de influir en la realidad y de transformarla con las fábulas de la imaginación que en la realidad se inspiran. Es la primera gran lección de las obras de Cervantes.

Y es esta batalla el más alto homenaje que me es dado ofrendar al pueblo y a la cultura de mi país que han sabido resistir con denodada obstinación, dentro de las murallas de miedo, de silencio, de olvido, de aislamiento total, las vicisitudes del infortunio y que, en su lucha por la libertad, han logrado vencer a las fuerzas inhumanas del despotismo que los oprimía.

Hace un momento hablaba de un hecho que me enorgullece: el haber plasmado mi novela *Yo el Supremo* en el modelo del *Quijote* con esa apasionada fidelidad que puede llevar a un autor a inspirarse en las claves internas y en el sentido profundo de las obras mayores que nos influyen y fascinan.

El núcleo generador de mi novela, en relación con el *Quijote*, fue el de imaginar un *doble* del Caballero de la Triste Figura cervantino y metamorfosearlo en el Caballero Andante de lo Absoluto; es decir, un Caballero de la Triste Figura que creyese, alucinadamente, en la Escritura del Poder y en el Poder de la Escritura, y que tratara de realizar este mito de lo absoluto en la realidad de la Insula Barataria que él acababa de inventar; en la simbiosis de la realidad real con la realidad simbólica, de la tradición oral y de la palabra escrita.

Imaginé que este vicediós del poder hubiese leído la sentencia que se halla en el *Persiles*: «No desees, y serás el más rico hombre del mundo». Cervantes lo deseó todo

y fue el hombre más pobre del mundo, al menos en lo material, pero volvió ricos a los hombres de todos los tiempos con su obra imperecedera.

El supremo dictador de la república sólo deseó el poder absoluto y lo tuvo en sus manos sin dejar de ser también el hombre más pobre del mundo, puesto que su riqueza era de otra especie. Le bastó al déspota ilustrado que el país de cuya emancipación había sido el inspirador y ejecutor fuese el más independiente y autónomo en la América de su tiempo. Aquí comenzó la contradicción de lo absoluto en el espacio de la historia que es el reino por antonomasia de lo relativo.

Mi caballero andante, tocado por la locura iluminista, luchó también con gigantes y fierabrases que salían a combatirle no desde los libros de caballería sino desde la concreta realidad de los pueblos iberoamericanos mestizos, emancipados políticamente pero que seguirían siendo, por mucho tiempo aún, colonizados y neocolonizados en su vida individual y colectiva.

Místico extraviado en los laberintos de su insula terrestre, el solitario y adusto ermitaño del Paraguay trocó entonces su pasión jacobina en la pasión de lo absoluto que acabó por enajenarle en esa demencial alucinación y se sustituyó, como lo hizo Robespierre, al Ser Supremo que había arrojado por la ventana.

A diferencia del *Quijote*, la entidad ya casi ectoplasmática del Supremo paraguayo, en la historia y en mi novela, logra sin embargo realizar la utopía de los Caballeros Andantes Libertadores: crear una patria auténticamente libre y soberana; fundar y consolidar la autodeterminación de su pueblo. Ese oscuro abogado, ex seminarista, de austeridad incorruptible, no cobraba su salario, apenas comía, pero se permitió ignorar el ultimátum de Bolívar cuanto éste le intimó poner en libertad al sabio Amadeo Bonpland; o cuando dio asilo a su antagonista el prócer uruguayo José Gervasio Artigas cuando éste fue traicionado y perseguido por los enemigos de la causa americana.

Mi expectativa, en tanto autor, era ver estallar esta entidad del poder absoluto en contradicción con la ineluctable coacción de lo relativo. Pero el personaje ficticio no estalló en el encontronazo de esas dos dimensiones contrarias pero indisociables. La infinitud de lo absoluto dentro del espacio concreto de la relatividad histórica sólo era posible en la dimensión a la vez imaginaria y real de la escritura.

El protagonista de mi novela, inspirado en el personaje central de la historia paraguaya —el Supremo Don José Gaspar Rodríguez de Francia, hecho Dictador Perpetuo de la República, según el modelo de la antigua ley romana— resultó más fuerte que la muerte, porque ya estaba muerto sin saber que lo estaba.

Desde esos *estados de la vida más allá de la muerte*, de los que habla el Dante; desde ese solio de trasmundo instalado en una cripta, donde moraba como un yacente y sombrío Dios Término, subía esa voz, ese monólogo «críptico» inacabable: la palabra oral dictada por el Supremo a la escritura: esa palabra que se oye primero y se escribe después, como en los grandes libros de la humanidad escritos por el pueblo para que los particulares lean. El pueblo se salvó en la continuidad viviente de la tradición oral, pero en el *diktat* del Supremo quedó enterrada la malsana semilla del despotismo.

Rencorosos vengadores quisieron en vano arrancar la raíz de esa terrible mandrágora del poder. Una luz mala siguió poblando de fuegos fatuos las noches paraguayas y llenando su aire tenue con dictadores grotescos y paródicos. Personajes de una picaresca descomunal vetada de sangre y con olor a fiera. Cervantes no pudo soñarla porque no le dejaron conocer América donde él soñaba que se había refugiado el último reino de los caballeros andantes en medio de esas *soledades* de selvas y ríos y desiertos y montañas inconmensurables como el mundo.

Vayamos al fin del imposible paralelo entre los dos personajes emblemáticos, entre estas dos figuras opuestas y extremas —una sombría, luminosa la otra— que quizá se toquen en algún punto en la esfera de la imaginación; en esa esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna, como decía de la suya Pascal.

¿Podía hacer yo otra cosa, a la sombra del gran modelo, que imaginar un *doblo* totalmente opuesto al carácter, a los sentimientos, a la cosmovisión renacentista y erasmiana de *Don Quijote*?

Su locura era sabiduría (ésta que Erasmo, en su *Elogio de la locura*, alabó en su amigo Tomás Moro con la palabra derivada de su nombre: *Moria*, a partir del título *Encomius moriae*). La locura de *El Supremo Dictador* no era sino alucinación de lo absoluto, omnubilación ególatra de la razón, cerrazón de la luz.

*Don Quijote* continúa cabalgando, «desfaciendo entuertos», enamorado del amor, de la dignidad, de la libertad, en los que la vida y el ser humano tienen sus raíces primordiales.

*El Supremo Dictador*, en su cripta, con el amargo sabor de lo absoluto fermentado en la boca, dice a modo de despedida: «Detrás de mí vendrá el que pueda...» Y con la tumba al hombro comienza a errar sin término por los laberintos de la historia que lo aniquila y lo desvanece en el ruido y la furia de esa «alucinación en marcha». Así, lo que en la obra cervantina es humor jocundo de la comedia humana, en mi novela no es más que el sarcasmo de la tragedia paródica del poder.

*Don Quijote*, disuelto en Alonso Quijano o Quijada —del que es oriundo—, sucumbe en la mansa y resignada dimisión de su muerte. Lo vemos humillar sus banderas sobre la sólida losa del sentido común. Don Quijote, transformado otra vez en Alonso Quijano, el Bueno, inclina las banderas rebeldes de su *Moria* sobre la sensatez de los tópicos tranquilizadores a los que el ánimo contrita se aferra en la agonía del tránsito temiendo que la muerte sea el fin de todo.

Don Quijote lo hace, sin embargo, con la última irónica y plácida sonrisa de su desvanecida locura-sabiduría guiñando un ojo al lector, a la posteridad, al mundo, sobre lo humano y lo divino, en el trascendente mutis final. *Don Quijote* sabe que la muerte no es el fin de todo sino el comienzo de una vida de imposible fin; en ella Cervantes tenía puestos su fe, su anhelo de posteridad. La posteridad no se regala a nadie, pero él supo ganarla con la plenitud y largueza que su obra merece.

Cumplido ya el «paso de las efemérides de mis pulsos...» —escribe en el prólogo del *Persiles*— «tiempo vendrá quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía. ¡Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!»